

El terrorismo atómico

Hugo Palma
Embajador

En días pasados, el artífice de la bomba atómica pakistaní declaró que había pasado la información más sensible a Libia, Irán y Corea del Norte. Este es el último de los elementos objetivos que hacen que hoy nadie en los ámbitos científicos o políticos asegure que no sucederá un acto terrorista y, más bien, se debaten abiertamente modalidades y oportunidades.

Es imposible saber cuántos otros científicos han hecho o hacen lo mismo.

Atrás quedaron décadas donde esa posibilidad parecía confinada al cinema. James Bond y Goldfinger o un oficial fascistoide en Dr. Strangelove.

Aunque es sumamente compleja, una bomba atómica puede ser fabricada por estados con cierta capacidad tecnológica y que hayan producido o adquirido el volumen necesario de material fisionable, pero, en teoría, agentes subestatales podrían también producir versiones rústicas.

Este material no se adquiere obviamente en el comercio, pero existen millares de toneladas de uranio altamente enriquecido y plutonio y es prácticamente imposible garantizar que sean inalcanzables para quien tenga medios de presión económicos, políticos o religiosos.

Existen también millares de armas nucleares en poder de estados que atraviesan períodos crí-

ticos en los cuales, más allá de la disposición a mantenerlas bajo efectiva custodia, no es posible asegurar que ha sido así.

Hay científicos angustiados por las llamadas 'loose nukes' o armas nucleares sueltas o de situación incierta.

Igualmente podrían producirse 'bombas sucias', que diseminan material radioactivo mediante una explosión convencional, pero el material usado para bombas atómicas no tiene mu-

“Hay científicos angustiados por las 'loose nukes' o armas nucleares sueltas o de situación incierta”

cha radiactividad.

Por el contrario, los desechos son muy radiactivos y, precisamente por ello, su manipulación es sumamente complicada y peligrosa, pero podría no ser disuasivo suficiente para los terroristas. Podrían recurrir también a otras fuentes radiactivas, inclusive algunas que tienen fines industriales o medicinales. En cualquiera de estos casos e independientemente del nivel de daño físico, lograrán producir terror.

El 11 de setiembre del 2001 probó que aeronaves pueden servir como bombas y se examina la posibilidad de que sean empleadas contra instalaciones nucleares, aunque estas tienen formi-

dables estructuras de concreto.

Finalmente, quedan posibilidades de ataque contra medios marítimos o terrestres que transporten desechos nucleares. También se producirá terror.

Nadie guiado por mínimas consideraciones éticas podría desear que algo de esto suceda.

Sin embargo, sería grave olvidar que los terroristas no solamente escogen el lugar y la ocasión, sino también los medios, sin otra limitación que su capacidad de obtenerlos.

Plantear esta posibilidad es indispensable para tratar que no suceda, como lo es también recordar que no habría amenaza de terrorismo nuclear, o sería mucho menor, si no se hubieran fabricado alegremente decenas de millares de armas nucleares de diversos tipos y tamaños, para lamentar después que sistemas de control considerados invulnerables no lo fueran.

Como en el caso de la familia hundida por la tragedia del niño jugando con el arma del padre, la historia muestra que cualquier arma puede ser utilizada para fines diferentes del intentado.

Debemos recordar que el propósito primigenio del arma nuclear fue precisamente crear terror. No se trata de equiparar a los creadores de estas armas nucleares con quienes podrían pretender ahora su 'uso ilegítimo', pero tampoco olvidar que no puede haberlo legítimo.

Hay que empeñarse en la lucha por el desarme nuclear. Sin ello, nos limitaremos a verificar melancólicamente que la tecnología en avance y la racionalidad en retroceso acarrean cada vez mayor inseguridad para quienes tienen y no tienen armas nucleares. Fuera de la pantalla, nadie ha visto nunca a James Bond. ■■

